

El peronismo y la publicidad: la construcción de un sentido para el pueblo justicialista. El imaginario estatal detrás de "La Nación Argentina. Justa Libre y Soberana.

Pagnoni, Ailén.

Cita:

Pagnoni, Ailén (2017). *El peronismo y la publicidad: la construcción de un sentido para el pueblo justicialista. El imaginario estatal detrás de "La Nación Argentina. Justa Libre y Soberana. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/414>

Número y título de mesa: 76. Transporte e infraestructuras de comunicación en territorio argentino. Coordinadoras: Teresita Gómez y Elena Salerno

Para publicar en actas

El peronismo y la publicidad: la construcción de un sentido para el pueblo justicialista

El imaginario estatal detrás de La Nación Argentina. Justa Libre y Soberana

Ailén Pagnoni

UBA

I

Este trabajo es un estudio preliminar de un proyecto mayor: la redacción de una tesis de doctorado que busca dilucidar las características que adquirió durante el primer peronismo (1946-1955) el imaginario industrial impulsado desde la estructura estatal. El mismo resignificó distintas corrientes ideológicas y conceptos que fueron retomados como parte de un proyecto político-económico propio que le permitió delimitar al peronismo un imaginario concreto respecto de su sueño industrial.

En esta ponencia desarrollaremos un primer acercamiento al imaginario peronista: nuestro objetivo es examinar un aspecto pequeño pero medular de éste a partir del análisis simbólico-discursivo de *La Nación Argentina. Justa Libre y Soberana*, un libro de dimensiones enciclopédicas editado por el Control de Estado de Presidencia de la Nación y cuyo interés era detallar un informe de gestión. Esta obra se inserta dentro del contexto de una búsqueda más amplia por comunicar a la población su gestión de gobierno, característica que se profundizaría tras el Segundo Plan Quinquenal. La necesidad de llegar a un público vasto se expresaba a través de la presencia de una iconografía que se volvió clásica y de la cual *La Nación Argentina* fue expresión directa: se sustentaba el discurso estatal por medio del predominio de los dibujos por sobre la narrativa, combinando estilos que cruzaban la propaganda soviética con la publicidad vinculada al confort norteamericano.

El peronismo buscaba imponer de esta manera un imaginario particular que disputara la hegemonía sobre la opinión pública, estableciendo como verdadera la representación que el propio Estado peronista hacía de sí mismo, así como la interpretación que proponía del pasado, el presente y el futuro. Los imaginarios que logró imponer fueron tan fuertes que persistieron en la sociedad argentina y siguen disputando sentido hasta hoy. Sus propios

contemporáneos eran conscientes de su trascendencia: no es extraño que una de las primeras decisiones de la Revolución Libertadora fuese no solo prohibir al peronismo en tanto movimiento político, sino principalmente hacer desaparecer toda una imaginaria que había sido impulsada por el Estado de la cual *La Nación Argentina* fue reflejo directo.

II

En nuestro trabajo utilizaremos el concepto de imaginario articulando las definiciones teóricas que hacen de éste C. Castoriadis y B. Baczko. Castoriadis sostiene que es imposible comprender la historia humana prescindiendo de la categoría de lo imaginario ya que no podemos comprender una sociedad sin un factor unificante que teja estructuras simbólicas¹. Estas ideas-imágenes son imprescindibles en la construcción de los imaginarios colectivos y serán las que fundamentarán la ilusión de vivir en una sociedad mejor que tiene cualquier colectividad².

Las instituciones sociales poseen una importancia fundamental en la consolidación y reproducción de los imaginarios ya que una organización dada de la economía, un sistema de derecho y un poder instituido, existen socialmente, en principio, como sistemas simbólicos sancionados³. Por medio de sus significaciones y a lo largo de la Historia, las sociedades se entregan a una invención permanente de sus propias representaciones a través de las cuales se dan una identidad, perciben sus divisiones y legitiman modelos formadores. Según Baczko, “*todas estas características le dan al imaginario social la capacidad de ser un dispositivo de control de la vida colectiva y en especial del ejercicio del poder*”⁴. De esta manera, determinan la configuración de las relaciones de autoridad y, particularmente, del poder político que busca controlar éstas representaciones colectivas para legitimarse⁵. Utilizaremos esta categoría para analizar cómo un movimiento político como el peronismo al llegar al poder basó su legitimidad en representaciones específicas que le dieron una fisonomía única; un aspecto fundamental a tener en cuenta es que el sujeto político a quien se dirige discursivamente el Estado es, por primera vez, el obrero, quien se halla inextricablemente ligado a este imaginario.

¹ Cornelius, Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, (Buenos Aires: Tusquets, 2007), 258.

² Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales*, (Buenos Aires: Nueva Visión, 1991), 7-8.

³ Castoriadis, 187.

⁴ Baczko, 28.

⁵ Baczko, 12.

El peronismo impulsó una política económica de planificación organizada: los logros en el proceso industrializador de la experiencia soviética la presentaban como una herramienta poderosa; esto se producía a la par del desarrollo sistemático de estados benefactores keynesianos en Estados Unidos y Europa a la vez que se entretrejía con la formación militar de Perón y su vinculación con los sectores pro industrialistas de las Fuerzas Armadas. La planificación en tanto herramienta teórica fue imponiéndose a lo largo del siglo XX y expresó las transformaciones que se produjeron en el sistema capitalista. El rol del Estado va adquiriendo cada vez mayor centralidad en el diseño de la vida económica de las naciones ya que los organismos administrativos estatales controlan y distribuyen recursos. La idea de plan, o la más abarcativa de planificación, resulta de requerimientos relacionados con las fluctuaciones económicas que sacudían la economía capitalista. De la mano del Estado, el rol que cumplió la planificación en los distintos países fue el de complementar la economía de mercado aunque no buscó reemplazarla⁶. Sin embargo, la estructuración del Estado de Bienestar fue una figura novedosa, al menos en nuestro país, que combinó la redistribución de riqueza con la obtención de derechos para los trabajadores a partir de la puesta en marcha de un proyecto económico industrialista que amplió el papel del Estado. El peronismo provocó, por medio del aumento del gasto público, un proceso de democratización del Estado de Bienestar que impulsó el incremento del salario y consumo en los sectores medios y bajos mejorando significativamente su nivel de vida⁷.

Lo discursivo fue, en este contexto, una variable fundamental (pero no única) en la forma de estructuración de un imaginario social específico que se constituyó a partir de ideas existentes y que será retomado desde la estructura estatal. La armonía de clases, el vínculo entre las corporaciones de industriales y de obreros, junto con el papel de mediador del Estado fueron algunas de sus características. Además, se basaba en el reconocimiento de que la actividad económica debía fundarse en la libertad de sus agentes aunque buscaban demostrar la necesidad de que el Estado interviniese para coordinar las iniciativas: se trataba de regular y también de planificar. El Estado debía organizar a la sociedad y las fuerzas económicas, que, liberadas a su propia dinámica, solo accionaban destruyéndose

⁶ Teresita, Gómez, “Planificación en Argentina. ¿Redefinición de un modelo de crecimiento? En: *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*. N° 12. Primer semestre 1997.

⁷ Torre, Juan Carlos y Pastoriza, Elisa: “La democratización del bienestar” en Torre, Juan Carlos, director, *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas, 1943-1955*, (Buenos Aires: Sudamericana, 2002), 258-313.

mutuamente. Para J. D. Perón lo económico no debía autonomizarse de lo social: el Estado debía integrar a las masas ya que éstas sin organización eran amenazantes⁸.

La dominación del campo de las representaciones, así como sus conflictos y reconfiguraciones, requieren de una elaboración constante de estrategias. Nos centraremos en la propaganda, “*uno de los medios del cual disponen las sociedades contemporáneas para fabricar y manipular los imaginarios colectivos*” (Baczko, 1984, 26). De esta manera, el peronismo desplegó una visión renovada del mundo, de la historia, de las relaciones entre clases, del rol del Estado y de los ciudadanos. Todo esto se acompañó de la estructuración de nuevas pautas de consumo y propaganda que lo consolidaron hacia 1950 una nueva propuesta política y estética que se comunicaba a partir de un amplio aparato que buscaba que los trabajadores se integrasen a su proyecto estatal industrial e inclusivo (Soria, 2010, 31). El peronismo montó un sistema de reproducción de imágenes sin precedentes en la historia de la Argentina que, por su alcance y magnitud, funcionaron como el soporte fundamental de un gobierno cuya legitimidad inicial debía ser construida y posteriormente reafirmada (Gene, 2005, 142) y cuyo principal referente lo constituían el trabajador y su familia. Éste no solo era el destinatario de las publicidades oficiales, sino también era engranaje fundamental de las nuevas representaciones industriales y el consumidor masivo de los productos que él mismo ayudaba a producir.

III

La opción metodológica propuesta toma al Estado Nacional y sus diversos órganos de ejecución como objeto de estudio ya que fueron fundamentales en el desarrollo simbólico del imaginario peronista. El objetivo particular del presente trabajo es abordar la expresión directa de uno de éstos sectores a partir de una obra publicitaria específica: *La Nación Argentina*. Este libro, a diferencia de la mayor parte del material publicitario peronista, no fue editado por la Subsecretaría de Informaciones sino por el Control de Estado de la Presidencia de la Nación, que, según A. Ballent, era un resabio del aparato propagandístico de la Revolución del 4 de junio⁹. Sin embargo, la elaboración recibió el aporte de esa Subsecretaría, que cedió artistas y dibujantes y se encargó de su distribución; el director de

⁸ Carlos, Altamirano: *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, (Buenos Aires: Emecé, 2007), 30-32.

⁹ Anahí, Ballent: “Los tiempos de las imágenes: la propaganda del peronismo histórico en los años noventa”, en *Políticas del sentimiento*, Soria, Claudia; Cortés Rocca Paola y Dieleke Edgardo, editores, (Buenos Aires, Prometeo, 2010), 215.

la obra era un mayor del Ejército y los ilustradores que intervinieron pertenecían a distintas reparticiones del Estado. Se terminó de imprimir en diciembre de 1949 en los talleres gráficos Peuser y establece en su última página que su escritura es un trabajo colaborativo de personal de distintas aéreas, ministerios y secretarías (desde Obras Sanitarias de la Nación hasta la Dirección General de Institutos Penales), aclarando que para su realización no se contrató servicio extraordinario alguno, y que las tareas han sido ejecutadas por personal permanente del Estado, por lo que no han ocasionado ninguna erogación suplementaria al erario (800). Esta preocupación de la que se da cuenta al final de la obra expresa algo novedoso en la concepción del Estado: la necesidad de rendir cuentas a la ciudadanía.

La Nación Argentina tuvo tres ediciones y se caracterizó por un lenguaje visual claro y múltiples influencias, principalmente centradas en la propaganda soviética (proliferación de obreros felices) y la perspectiva de ascenso social inmediato y prosperidad cotidiana típica de las publicidades norteamericanas¹⁰. En esto coincide Gené, que articula con esta imaginería visual las herencias de las tradiciones gráficas de grupos y partidos contestatarios locales – el socialismo, el anarquismo y el espectro más amplio de la izquierda – e influencias de los repertorios en circulación en el ámbito internacional en las décadas de 1930-1940, aunque rechazando influencias directas de la propaganda nazi-fascista¹¹.

El peronismo se percibía como un proyecto político claramente disruptivo y *La Nación Argentina* fue una expresión de esto: a lo largo de sus páginas buscaba dar cuenta de la construcción del “nuevo” Estado argentino y las transformaciones revolucionarias que este mismo vivenció desde 1943, entendiendo como su fin último “*observar la gigantesca obra (...) del gobierno del general Perón y la magnitud de las realizaciones (...) al término de su plan*” que “*hablan ya de una Nueva Argentina, plena de grandeza*” (800). El contexto de publicación de la obra es significativo, ya que se inserta en los años de mayor expansión y crecimiento económico de la etapa (1946-1949), época dorada del peronismo. El hilo conductor de la narración son los objetivos del Plan de Gobierno (el Primer Plan

¹⁰ Daniel, Santoro, “La construcción imaginaria de un mundo” en *Perón mediante.*; Indij Guido, compilador, (Buenos Aires, La Marca Editora, 2012), 21-22.

¹¹ Marcela, Gené: *Un mundo Feliz*, (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008), 14-17.

Quinquenal) cuyas medidas *“no son fruto de la improvisación sino de una profunda investigación”* (35). La publicación se presenta a sí misma como un Atlas (800), un libro de información estadística, con infografías, mapas y cuya pretensión última es la objetividad (9). Esto la diferencia de otras publicaciones del peronismo en donde las imágenes de Perón y Evita son profusamente reproducidas: en *La Nación Argentina* las mismas son llamativamente escasas. La figura de Eva solo aparece una vez, al dar cuenta del trabajo desarrollado por la Fundación Eva Perón (193) y la de Perón se encuentra únicamente al inicio de la publicación (7), aunque el libro es acompañado de múltiples citas del presidente.

La Nación Argentina es una de las muestras arquetípicas de cómo los distintos sectores del Estado de la época pensaron la comunicación con la sociedad: el resultado fue la consolidación de un modelo propagandístico (profundizado a partir de la reelección de 1952) que influyó en casi toda la producción gráfica peronista posterior¹². A la hora de realizar un primer acercamiento a la fuente, son dos los trabajos que indagan acerca de su lugar en el aparato publicitario del peronismo. El primero es de C. Soria, que examina a *La Nación Argentina* en espejo con otra publicación editada en el mismo año, *Argentina en Marcha*, debido a que considera que ambas expresan el espíritu de la propaganda peronista a partir de 1950. Sin embargo, la lectura que hace de la fuente es más bien descriptiva, aunque termina definiéndola como uno de los libros que mejor ejemplifica la peronización de la imagen¹³. El segundo trabajo que analiza la publicación establece que la misma expresa alegorías convencionales de exaltación patriótica típicas de textos escolares y entiende que apunta sus objetivos hacia un público infantil debido a que se incluyen una gran cantidad de datos históricos, geográficos y estadísticos, que, según la perspectiva de la autora, exceden la compilación de una obra de gobierno. Asimismo, concluye que la publicación *“parece atribuir a su público de ciudadanos las habilidades e intereses de una población infantil. En otras palabras, el lector presupuesto es un niño y el lector real se*

¹² Santoro, 23.

¹³ Claudia, Soria: “La propaganda peronista: hacia una renovación estética del Estado Nacional” en *Políticas del sentimiento. El peronismo y la construcción de la Argentina moderna*, Soria, Claudia; Cortés Rocca Paola y Dieleke Edgardo, editores, (Buenos Aires, Prometeo, 2010), 34.

siente invitado a serlo”¹⁴, una interpretación que comparte Soria al postular que es un texto “tal vez pensado para el uso escolar” que “peca de un exceso de simbolización”¹⁵.

Nuestro análisis busca presentar una conceptualización diferente de *La Nación Argentina*, eliminando cualquier razonamiento de posible “infantilización” que la fuente asumiría de sus lectores. La propaganda de masas implica, desde su propia concepción, la realización de un diseño de imágenes cercanas al lector que permitan comunicar un mensaje claro y efectivo. En este caso particular, dónde el emisor era el Estado Nacional, esto estaba íntimamente relacionado con las ideas de trasmisión de información pública que para el peronismo era vital hacer llegar a la sociedad, haciendo especial hincapié en que el interlocutor ideal era imaginado como un obrero trabajador. Para el Estado peronista, entonces, la propaganda se había transformado en un imperativo didáctico que implicaba la necesidad de explicar un mundo que consideraba revolucionado desde su llegada y radicalmente diferente a todo lo experimentado hasta entonces.

En este sentido retomamos la perspectiva propuesta por E. López, que identifica en el discurso visual del peronismo tres funciones: la didáctica alfabetizadora afectiva infantil (propia de los manuales escolares y blanco preferido de la crítica anti peronista); la adulta racional a través de la cual se comunicaba a los trabajadores de los avances del proceso de industrialización así como de la distribución de la riqueza, y una última vinculada con los afiches de propaganda, con clara intención político persuasiva¹⁶. Desde nuestra concepción, *La Nación Argentina* se enmarca en la segunda y no, como pareciera sostener Ballent, en la primera (vinculada con la búsqueda de un público infantilizado), algo que hasta las propias dimensiones físicas de la publicación de 800 páginas contradice. De esta manera, contextualizamos la producción de *La Nación Argentina* en el marco de una didáctica infográfica cuyo objetivo era la explicación de la gestión de gobierno. En palabras del propio López, el peronismo “desarrolló un verdadero sistema de mapas visuales de información para los trabajadores sobre la marcha de la gestión del Estado. (...) con un lenguaje verbal visual, basado en la jerarquización de la información y una relativa abstracción en su representación” lo que producía la conversión de “la experiencia cierta

¹⁴ Ballent, 215.

¹⁵ Soria, 34 y 39.

¹⁶ Eduardo, López, “La letra con amor entra” en *Perón mediante.*; Indij Guido, compilador, (Buenos Aires, La Marca Editora, 2012), 18.

*de los trabajadores en imágenes convincentes que trabajaban contra un posible olvido; es decir, buscó transformarlas en conocimiento estable, en recuerdo del bienestar*¹⁷.

IV

La obra se inicia señalando tres momentos sobre los que versará: la situación de 1943, la “evolución” experimentada por la Nación hasta 1949 y las proyecciones que se cumplirán a partir del Plan de Gobierno de Perón (9). De esta manera, el libro enlaza el pasado reciente, el presente y el futuro. En general (y salvo que se esté haciendo una cronología o línea histórica, algo a lo que se dedican las primeras páginas) se presenta el pasado como aquello ocurrido *antes* de 1943, en dónde las ilustraciones sobre el mundo se vuelven de colores grises, oscuras y tristes, estableciendo desde donde se partió y ejemplificando los avances hacia una Argentina del *ahora*, venturosa, que se ilustra por medio de un mundo de colores pasteles, claridad y rostros felices.

En la primera sección se recorre la historia del país (una de las pocas que va mas allá de 1943) y los acontecimientos históricos reivindicados antes del golpe del GOU. Si bien Soria sostiene que *“la retórica peronista borra el pasado histórico y olvida a las figuras destacadas de la historia”*¹⁸ la publicación reivindica aspectos históricos variados: el rechazo de las invasiones inglesas, el primer gobierno patrio, la llegada de San Martín, la libertad de vientre, la ley Sáenz Peña y la reivindicación del panteón liberal de próceres, entre otras. Si bien el pasado con el cual el peronismo antagonizará, como indicamos anteriormente, es el *antes* de 1943, se realzan varios hitos fundamentales aunque enmarcados en la ausencia de otros partidos políticos en su desarrollo. El peronismo elige momentos históricos del cual se entiende expresión y proyección hasta su nacimiento en 1943, cuando *“el Ejército ocupa el poder para hacer de Argentina el país más justicialista del mundo”* (28).

Desde sus inicios la publicación establece como su destinatario directo al pueblo (9). Sin embargo, el protagonista último de todos los cuadros donde se expresan los diferentes avances en el bienestar es el obrero: esto puede ser leído como una intervención política sobre la realidad en la cual se busca encarnar a la sociedad argentina (el pueblo) en la figura del trabajador, encargado de manufacturar los productos que alimentarán el mercado

¹⁷ López, 19.

¹⁸ Soria, 36.

interno del cual será consumidor. En menor medida encontramos a sectores rurales y en último lugar aparecen profesionales que podemos vincular a la clase media, llamativamente ausentes del relato. La primera aparición del trabajador en la fuente lo muestra asociado al mito fundacional del peronismo, protagonizando el 17 de octubre de 1945 cuando “*el pueblo argentino que labora la grandeza de la patria libera al Coronel Perón, viendo en él al reivindicador de su causa*” (27). La presencia de imágenes femeninas a lo largo de la publicación es escasa, debido esto también a la poca presencia de cuadros familiares; cuando aparecen las mujeres lo hacen como trabajadoras o escolarizadas. Uno de los pocos cuadros familiares presentes en la publicación muestra una efectiva síntesis narrativa de la cual dan cuenta tanto Soria como Gené en sus trabajos. La primera imagen muestra una familia rural con rostros tristes y un ambiente devastado, sometidos por la mano codiciosa del amo (34); la segunda destaca a quiénes podrían ser la misma familia luego de la revolución peronista, ahora urbana, con rostros felices y fábricas detrás (799). Las dos ilustraciones se encuentran mediadas por *La Nación Argentina*, que se ocupa de dar cuenta del proceso de transformación en la vida del pueblo; las ilustraciones están unidas por medio de una cita del *Martin Fierro* “*tiene el gaucha que aguantar hasta que se lo trague el ojo o hasta que venga algún criollo en esta tierra a mandar*” (34). La frase se completa al finalizar la lectura: “*llegó el criollo con alma argentina y brazo fuerte y el milagro se hizo (...) El trabajador (...) ¿no tenía derecho a una vida mejor?*” (799).

Otros sectores ausentes en *La Nación Argentina* son los enemigos clásicos del peronismo: la oligarquía, los anti peronistas o los partidos políticos opositores prácticamente no aparecen reflejados en la publicación salvo dos páginas que detallan cómo la “*extrema derecha y la extrema izquierda marchan del brazo*” junto con la oligarquía, los monopolios capitalistas, el imperialismo y la prensa venal. A todos ellos se los identifica como escollos que se encuentran en la cordillera de los privilegios por la cual la clase obrera debe pasar para llegar al mundo prometido de Justicia (52). Así aliados comunistas e imperialistas políticos van del brazo del imperialismo económico con el objetivo, en palabras del propio Perón, de “*seguir engañando y explotando a la clase obrera por distintos caminos pero con la misma acción*”. Al final del cuadro, al obrero descamisado y feliz tras haber atravesado los obstáculos, solo le queda un camino venturoso hacia el sol rodeado de una variedad de industrias (53).

V

El protagonismo claro del obrero tal vez explique la fuerte presencia de términos conceptuales asociados al análisis marxista como clase social, explotación y la caracterización del capitalismo argentino como dependiente, extractivo y extranjerizante, sometido al imperialismo político y económico (antes de 1943). La publicación sostiene que: *“bajo el dominio del capitalismo, el dinero (...) era el centro alrededor del cual giraban los hombres y las sociedades (...) La consecuencia, entonces, era que los hombres fueran sacrificados a la producción, la producción al comercio y el comercio al dinero. En el nuevo orden que se instaura, donde el dinero no es un fin sino un medio, la consecuencia es, precisamente, lo contrario: que el dinero sirva para los cambios, que el comercio facilite la producción y que la producción se oriente a la felicidad del hombre”* (54). Se afirma, entonces, que se inauguró un nuevo sistema que tiene otros fines y objetivos diametralmente opuestos al capitalismo dependiente: *“se decía que nuestro país carecía de capitales, pero no se decía cómo era posible que no los creara nuestro trabajo incesante. Realmente nuestro capital existía, pero hasta la nacionalización del Banco Central se hallaba prácticamente a disposición de las empresas que, extranjeras en la mayoría de los casos, hacían pasar por capital invertido lo que en realidad era nuestro”* (56). La ruptura con esta situación se expresa en el acta de la independencia económica de 1947: *“declaramos (...) romper los vínculos dominadores del capitalismo foráneo enclavado en el país y recuperar los derechos al gobierno propio de las fuentes económicas nacionales”* (139). Como señalamos anteriormente, veremos a los enemigos del peronismo adoptando las formas capitalistas ya mencionadas, en una caracterización que roza lo conspirativo. En ella la crítica incluso se dirige a los países dominantes que, beneficiados de forma directa o indirecta por la Argentina durante la guerra y posguerra, *“cobraban precios exorbitantes por las maquinarias y materias primas que necesitábamos para mantener y continuar con la producción”* (59). En palabras del propio Perón *“queremos que desaparezca de nuestro país la explotación del hombre por el hombre (...) igualemos las clases sociales, para que no haya, en este país, hombres demasiado pobres ni demasiado ricos”* (148-149). Si bien se sostiene que era necesario respetar al capital, debido a que era trabajo acumulado, se debía enseñar también que éste no podía ser nunca factor de opresión y esclavitud (240). Así,

para el peronismo, aquello que valorizaba al capital (155) era su característica de trabajo acumulado, concibiendo asimismo que éste no era una mercancía (149).

El eje integrador de toda la publicación era el Plan de Gobierno cuyos objetivos se planteaban en el plano económico pero también en el *“social, dirigido al desarrollo de mayor riqueza para una participación más justa entre todos los que trabajan; (...) tratamos de obtener de nuestro país mayor provecho para beneficio de los 16 millones de habitantes y no para 100 familias de privilegiados como había sido repartida hasta ahora la riqueza del país”* (35). Para ello, el primer paso era limitar la concentración de recursos de la Ciudad de Buenos Aires y favorecer una firme política de descentralización que permitiera fomentar los restantes 9 centros económicos que promoverían *“las industrias en las más diversas regiones”* (36). Buenos Aires era indicada dentro de aquellas privilegiadas, y se la graficaba como un embudo por cuyo puerto concentraba y absorbía las riquezas del resto de la región (37). Para el impulso del bienestar y la redistribución de la riqueza era fundamental *“crear las bases económicas sobre las que había de sustentarse la justicia social. En esta ruta el primer impulso debía fatalmente tender al logro de la mayor producción. Por eso el general Perón sentó la consigna rigurosa: Producir. Aumentada la producción, enriquecida por la industrialización, se podría llegar a la equitativa distribución de la riqueza”* y la única manera de lograrlo era que el capital y el trabajo fueran asociados, colaboradores, y no fuerzas en pugna porque, según sostenía la publicación, la lucha destruía valores (43). Esto se repetirá varias veces a lo largo de la publicación: el conflicto caracterizado como negativo no tenía lugar en la nueva etapa de la Argentina pero sí se encontraba presente *antes*. Esto aparece de forma recurrente, por ejemplo cuando se hace referencia a la Semana Trágica (48) y a la represión de trabajadores al pedir por sus derechos (188). Para Perón, entonces, *“la agitación de las masas es un efecto de la injusticia social. El remedio no ha de estar en engañarlas ni en someterlas por la fuerza, sino en hacerles justicia”* (145). De esta manera, *ahora* y por medio del papel mediador del Estado, se limitaba toda conflictividad y se garantizaba cerrar acuerdos entre sectores diversos. Papel fundamental en ello tendría la nueva concepción de las erogaciones estatales: *“el Estado gasta anualmente para servir al Pueblo, dado que debe atender su bienestar”* (142) ya que su fin último era la unión y felicidad de todos los argentinos (143). Algunas ilustraciones de la publicación son elocuentes: una bandera argentina en primer

plano y tres líneas de manifestantes caminando hacia ella; un sector que viene del campo y de las fábricas (los obreros y campesinos) y otro que viene de los edificios (una de las pocas imágenes que hacen referencia a sectores medios). Todos llegan al mismo lugar, unidos, ya que se busca *“hacer desaparecer toda causa de anarquía para asegurar con una armonía a base de justicia social, la imposibilidad de la alteración de nuestras buenas relaciones entre el capital, el trabajo y el Estado”* (147). Según *La Nación Argentina*, se ha terminado el hambre y con ello las marcadas diferencias de clase que son las causas de los descontentos (799). La negación del conflicto tendía a invisibilizar a muchos sectores a partir de la necesidad de mostrar una Argentina homogénea y sin convulsiones internas. Esto generaba que la fuente tomara como enemigos principales a los intereses foráneos: no eran la oligarquía, la prensa o los partidos opositores el problema, sino los capitales extranjerizantes y el imperialismo económico.

VI

Si bien *La Nación Argentina* busca hacer un relevamiento de todos los aspectos y áreas del Estado, la incidencia que tiene en sus páginas el proceso de industrialización se encuentra omnipresente a lo largo del texto. Se entiende al peronismo como una *“cruzada redentora de la Patria”* que permitiría *“industrializar al país y fomentar el adelanto del agro para que los obreros argentinos ganen lo que ganaban acá los trabajadores extranjeros”*. Estas palabras son acompañadas de una imagen sumamente ilustrativa: una mano que sale rompiendo la tierra y tomando en su palma una industria con humo en sus chimeneas. Debajo se ven tractores arando la tierra, dándole a la industria preeminencia sobre la cuestión agropecuaria (45).

Como hemos expuesto, el imaginario que se va construyendo desde la obra presenta una mirada crítica del sistema capitalista a nivel mundial, lo que en parte se explica por la centralidad que adquieren las malas condiciones de vida del obrero y el desarrollo industrial subordinado (*antes* de 1943). Sin embargo por momentos también se retoman cuestiones vinculadas con la concepción meritocrática de la sociedad, aunque entendida como algo que sólo puede darse a partir de la nivelación de las condiciones básicas de existencia. Así, por ejemplo, *La Nación Argentina* sostiene que había diferencias determinadas por la fortuna, la posición social y la profesión. La intervención del peronismo en este aspecto iba en el sentido de construir una democracia *“que permita a cada individuo alcanzar, dentro*

de la sociedad, la posición que sus condiciones y aptitudes naturales le han reservado”. La ilustración que acompaña la cita de Perón muestra una escalera de profesiones: arriba de todo se ubicaba un médico, debajo un empresario, luego un obrero y por último un peón rural. La imagen siguiente da cuenta de la transformación operada: *ahora* el clima social ha variado fundamentalmente, todos están en el mismo plano gracias a la obra de la justicia social debido a que *“dentro de la sociedad argentina un trabajador tiene hoy una posición distinta a la de antes. Es consciente y es respetado por su patrón y sus compatriotas y comparte hasta las tareas de gobierno, cosa que antes nadie había soñado”* (154). Perón concluye: *“no queremos la democracia liberal de antes, donde el que tenía era todo y el que no tenía era nada. Queremos una democracia social. Queremos producir, consumir, disfrutar o sufrir, pero todos por igual, sin preferencias para nadie”* (155). En esta verdadera democracia, los obreros no solo trabajaban sino que además, intervenían en la cosa pública y eran funcionarios del Estado. El nuevo rol que les asignaba el peronismo evidenciaba y hacía más urgente el objetivo final de *La Nación Argentina*: educar a quienes *ahora* eran partícipes de las decisiones políticas de su país y *antes*, estaban limitados a las cuatro paredes de su taller. La Revolución tomó a los obreros y les abrió el camino del Parlamento, la posibilidad de integrar el gabinete y el derecho a ir a decir en el exterior cuál es la verdadera realidad argentina (182). El peronismo de esta manera resignificaba los roles habituales que cumplían los diversos actores de la sociedad.

En el imaginario propuesto por *La Nación Argentina*, el desarrollo de los diversos sectores de la economía se hallaba fuertemente ligado a su eventual vinculación con el proyecto industrial. En palabras del propio Perón al respecto de la cuestión energética, *“nuestra acción de gobierno ha sido presidida por tres ideas matrices: ampliar las disponibilidades - pues a su volumen está subordinado el ritmo de crecimiento de la industria nacional; subsanar nuestra crónica dependencia del exterior en orden al aprovisionamiento de combustibles industriales y recuperar para el Estado las fuentes nacionales de energía y los servicios públicos a ésta vinculados”* (350). Cuando la fuente se ocupa del agro, esto también se expresa: *antes* el país vendía materias primas a bajo precio y luego volvían industrializadas; *ahora* las semillas oleaginosas se industrializaban en el país y proveían de aceite al mercado mundial. Así, se planteaba un futuro venturoso para el *mañana*, cuando como resultado del Plan de Gobierno otras materias primas serían industrializadas (473).

Otro aspecto central del cual se ocupa la publicación es la necesidad de la descentralización industrial para poder escapar del embudo porteño, para ello, se explicaba, se recurrió a la construcción de centrales térmicas para que todo el país reciba la fuerza motriz modernizada. Así se intensificaba y se descentralizaba la industrialización, permitiendo que cada región de la Patria estuviera en posesión de los recursos indispensables (358). La fuente fomentaba la construcción de un imaginario en el cual el Estado peronista se presentaba como el primero en impulsar el desarrollo industrial en el país y explicitaba un vehemente deseo de que la República Argentina aceptara este primer paso firme hacia la industrialización con el convencimiento de que habría de labrar el bienestar y la felicidad de todos, luchando para proteger la industria nacional, fomentar la creación de nuevas empresas y conseguir un mayor bienestar que solidifique la paz social (427). Indicaba, también, el crecimiento industrial en números: *antes* de 1943 existían 65.803 fábricas y no había capacitación obrera; *después* de 1948 los establecimientos industriales aumentaron un 59% y pasaron a ser 104.000 junto a 131 escuelas de orientación profesional y 204 cursos de aprendizaje (473).

La Nación Argentina tiene una sección dedicada a la educación donde se ocupa de trabajar con los números de la enseñanza media: es la educación técnica la que ocupa mayor cantidad de páginas; algo que parece justificarse cuando, en el inicio del apartado, se estipula la intención de que las escuelas vivieran el mismo ritmo fabril que todas las actividades útiles del país (263). En palabras del propio Perón, *"hemos completado la enseñanza destinada a la clase trabajadora, porque el obrero se formaba y crecía en el dolor del taller, que no es la mejor escuela para obtener hombres técnicos"* (285). Las ilustraciones expresan, en el *antes*, individuos haciendo tareas en el campo y muy a lo lejos una escuela con alumnos en guardapolvo; mientras que *ahora* los protagonistas se encuentran vestidos de obreros, realizando trabajos dentro del edificio escolar. Para finalizar la secuencia pueden verse obreros con su título, esta vez con rostros identificables, individualizados, como si el paso por la escuela acentuara la adscripción identitaria de la persona (280). Por otro lado, se señalan las leyes que vinculan al Estado con la escuela y el trabajo e incluso se informan los requisitos necesarios para ingresar en las escuelas y la diversidad de regímenes: escuelas fábricas y de aprendizaje, escuelas de medio turno y escuelas de capacitación obrera, caracterizando detalladamente cada una (286-288),

incluyendo también un apartado sobre escuelas de capacitación profesional para mujeres (290). La publicación comunica a sus lectores que el Estado debe proporcionarles a quienes pasan por las escuelas ropa, materiales, herramientas, libros, comedores e incluso una bonificación monetaria (291). El cierre de esta sección está marcado por la información sobre la creación de la Universidad Obrera (295). Retomando las concepciones meritocráticas antes mencionadas, y haciendo nuevamente hincapié en la función básica que debe tener el Estado para sustentarlas, se cita el discurso de Perón: *“ni la inteligencia ni el saber pueden estar reservados a una sola clase social (...) Dios ha puesto en cada uno de nosotros un grado natural de inteligencia y en nuestras manos debe poner el Estado la posibilidad de cultivarla, para que esté al alcance tanto de los más modestos como de los más poderosos”* (295). Asimismo, entiende que *“en el fracaso individual hay una culpa directa de toda la sociedad y la carga de un peso muerto para el Estado. Para evitarlo, hemos creado escuelas técnicas (...) en las que nuestros jóvenes puedan adquirir los conocimientos y la preparación necesarios para integrar después, sin desventajas, los cuadros de especialistas que nuestra economía reclama”* (294).

A la hora de cimentar este proyecto industrialista, tanto material como simbólicamente resultó imperativo para el peronismo abordar la problemática de la infraestructura en cuyas raíces pueden rastrearse las cuestiones expuestas en el presente trabajo: el papel del transporte era fundamental. Para ilustrar este punto la fuente indica que de la totalidad del presupuesto en obras públicas nacionales a invertir en 1949, el 25% corresponde a este sector (237).

Como mencionamos, *La Nación Argentina* construye su enemigo en torno a la figura del capital extranjero y en este área es particularmente urgente dicha confrontación al constatar que la mayoría de los medios de transporte se hallaban en manos foráneas. Mientras éstos fueran propiedad de accionistas extranjeros, la decisión acerca de hacia dónde extenderlos se basaría estrictamente en criterios económicos de costo-beneficio. Esto a su vez implicaba la imposibilidad de lograr la descentralización industrial del país que el Plan de Gobierno se proponía, dado que el sistema solo se pensaba con lógica extractiva. Para descentralizar e industrializar era preciso nacionalizar el sistema de comercialización de nuestra riqueza, que en manos extrañas al Estado podría anular las ventajas de las medidas tomadas (75). Una de las máximas preocupaciones derivaba de la redistribución de la riqueza

agropecuaria; para ello, el IAPI se constituyó como una herramienta fundamental en la cual el desarrollo de una nueva concepción del transporte fue determinante; una de las ilustraciones presenta al territorio argentino en cuyo centro se erigen una industria y una espiga, ambas unidas por la palabra IAPI surcada por diversos transportes (barcos, camiones, colectivos, ferrocarriles, grúas) (47). *Antes* los grandes monopolios internacionales se llevaban la riqueza en perjuicio del obrero y la Nación por medio de transportes extranjeros; la fuente identificaba en esta situación la inexistencia de una concepción económica para solucionar los problemas (50). Una de las respuestas que el peronismo proporcionó a esto fue la creación de una flota mercante propia: *ahora* Argentina contaba con 162 barcos capacitados para transportar casi toda la producción de exportación (91-95), haciendo énfasis también en la nacionalización de los puertos (102-108). El rol del IAPI en la compra de 60 mil camiones y en el material de carga y descarga de los puertos y transporte había sido pensado principalmente en relación al mundo agroexportador y se planteaba fundamental para el desarrollo de la economía (68). Por primera vez a partir de esta nacionalización, anunciaba la publicación, los servicios públicos argentinos producían solo para los argentinos (64).

Capítulo aparte merece el tema de los ferrocarriles, *La Nación Argentina* sostiene que su manejo por capitales extranjeros podía matar industrias y desarrollar únicamente algunas zonas en perjuicio de otras, haciendo especial hincapié en la relevancia del cuadro tarifario a la hora de pensar el desarrollo armónico o inarmónico del país (77-78). La nacionalización de los ferrocarriles ocupa varias páginas de la fuente; el peronismo parecía obsesionado por dejar claro que la transacción había sido beneficiosa. Didácticamente se explicaba por medio de infografías e ilustraciones que la adquisición de los ferrocarriles incluía también alambrado, tendido, postes, galpones, edificios, estaciones, casas de empleados, dependencias, terrenos, rieles, líneas telegráficas, durmientes: la rendición de gastos públicos era una obsesión central y se expresada claramente en la fuente (80-81).

La publicación se ocupa también de mostrar que las transformaciones se encontraban en todos los sectores de transportes: repasa desde la red vial nacional y su expansión (417-418), hasta la creación de aerolíneas del Estado (449-450) y la incidencia de estos en la posibilidad de que los protagonistas de la Nueva Argentina puedan conocer las bellezas de

la Patria que ahora estaban al alcance del pueblo. Esto se explicita en ilustraciones de playas, mares, cataratas y desiertos siendo surcadas por colectivos, trenes y barcos (455). Para federalizar el país, el peronismo hizo hincapié en la necesidad de una nueva concepción del servicio de transportes. *Antes de 1943 "las vías férreas, los caminos de distribución de los recursos y las obras públicas [eran] ejecutadas más con criterio de explotación que de fomento"* (36). Por esto mismo, el Plan de Gobierno proponía la construcción de diques, usinas hidroeléctricas, canales, obras de saneamiento, trazado de caminos y extensión de la red ferroviaria como requisitos fundamentales para lograr el objetivo de intensificación del comercio y el fomento de industrias en nuevas y diversas regiones. Todo esto, que constituía un servicio público, había sido nacionalizado y *ahora*, donde *antes* regían los dictados del interés extranjero, tenía plena vigencia la voluntad argentina: *La Nación Argentina* concluía que la libertad política se había complementado con la independencia económica (138).

VII

Una obsesión central del peronismo se enmarcó en la elaboración de un imaginario que construyera sentido; para ello, se pobló de imágenes cuya incidencia en la edificación de una arquitectura sentimental para el pueblo justicialista fue sumamente efectiva. Así logró sintetizar por medio de, entre otras cosas, la propaganda, una densidad emotiva que lo presentó como agente de cambio ante una sociedad que rompía con un pasado de injusticias y se vinculaba a un presente perpetuo y ahistórico, lleno de brillo y felicidad. Este imaginario estatal expresado en *La Nación Argentina* necesitó borrar los antagonistas internos para presentar una homogeneidad tranquilizadora: los enemigos se encontraban afuera y se vinculaban con el capitalismo foráneo. Este ímpetu por acallar la conflictividad interna tendió a invisibilizar a las clases medias que si bien económicamente habían sido beneficiadas por el peronismo, discursivamente tendieron a ser ignoradas.

El Estado peronista entendió su mediación como fundamental para impulsar una transformación social que tendría un nuevo protagonista: el IAPI y la nacionalización de la banca y los servicios de transporte y energía fueron fundamentales para la redistribución de riqueza que profundizó la industrialización del país y puso al obrero en el centro de la escena. Si bien éste debía esforzarse para obtener una vida de confort, el papel del Estado

pasaba a ser fundamental para asegurar las condiciones de base que le permitieran desarrollarse.

En muchos casos la lectura de este tipo de publicaciones tendió a infantilizar al sujeto “lector ideal”, operando en el sentido de concebir al “lector real”, el trabajador (sujeto por antonomasia del discurso peronista), en términos anidados. Esta interpretación puede derivar tanto en las ya clásicas y caricaturescas concepciones del peronismo como movimiento paternalista, como en nociones al extremo pasivas de los trabajadores como sujeto histórico, meros receptores vacíos de políticas, discursos e imágenes. Estas nociones fuertemente arraigadas en el sentido común, incluso en parte de la historiografía académica, pueden ser refutadas a partir de la revisión de fuentes de la época (como *La Nación Argentina*) que entienden a su receptor como un sujeto activo al que se le debe brindar información especializada: era fundamental formar e informar al ciudadano que estaba ampliando derechos y este proceso debía atravesar de manera transversal toda la vida del individuo, desde su primera infancia hasta la adultez.

Es necesario tener en cuenta, además, el proceso de fuerte alfabetización que estaba viviendo la sociedad a partir de las políticas sociales del propio peronismo, por lo que aquello que algunos entienden como infantilismo no era más que una forma de acercar conocimiento a sectores que recién comenzaban a ser beneficiarios de la democratización del bienestar. El peronismo entendía a ese obrero-ciudadano como un sujeto activo que no sólo debía conocer sus derechos sino que además debía transmitirlos, defenderlos y monitorear que tanto el Estado como los demás sectores de la sociedad los cumplieran.

El obrero no solo experimentaba el bienestar sino que además debía comprenderlo históricamente, generando en el proceso un aprendizaje que implicó un potente arraigo desde lo afectivo que permite entender la fuerte adhesión emocional despertada por el peronismo en los años siguientes.

Para ello el rol del Estado también se modificó, tomando un papel mucho más activo desde sus políticas públicas y buscando dar cuenta como nunca antes de sus acciones de gobierno.

Bibliografía:

Altamirano, Carlos, 2007: *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires: Emecé.

Baczko, Bronislaw, 1991: *Los imaginarios sociales*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Castoriadis, Cornelius, 2007: *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires: Tusquets.

Gene, Marcela, 2008: *Un mundo Feliz*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Gómez, Teresita, 1997 “Planificación en Argentina. ¿Redefinición de un modelo de crecimiento? En: *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*. N° 12. Primer semestre.

Indij, Guido, 2012: *Perón mediante. Gráfica peronista del período clásico*, Buenos Aires: La Marca Editora.

Plotkin, Mariano, 2007: *Mañana es San Perón*, Buenos Aires: Eduntref.

Soria, Claudia; Cortés Rocca Paola y Dieleke Edgardo, editores, 2010: *Políticas del sentimiento*, Buenos Aires: Prometeo.

Torre, Juan Carlos y Pastoriza, Elisa, 2002: “La democratización del bienestar” en Torre, Juan Carlos, director, *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas, 1943-1955*, 258-313. Buenos Aires: Sudamericana.

Fuente:

S/a, 1950: *La Nación Argentina. Justa, libre y soberana*, Buenos Aires: Peuser.